

## Los pies sucios

Arena, fango y polvo del camino. Y otros desechos más. Caminar por las calles donde los vehículos eran bestias de carga. ¡Ni les digo! Y todo esto con chancletas.

En la Biblia, el lavado de los pies era un ritual importante de entrada a un hogar. Los ricos tenían sirvientes que ayudaban en el proceso. Los pobres lavaban ellos los pies a los invitados, como señal de bienvenida.

Nadie pensaba en el hongo en las uñas, ni en el pie de atleta, ni en las verrugas de la planta del pie, ni en los callos y juanetes. A lo mejor eso no existía, porque el calzado era ergonómico y los pies en realidad se usaban para lo que tienen que usarse: para caminar. Y a pesar del sucio del camino, siempre se lavaban bien los pies.

Pero es importante recordar que una vez salieran al camino, los pies se les iban a ensuciar otra vez.

Ese jueves, los doce llegaron con los pies sucios. Y el líder, sin ningún tipo de guille, se ñangotó y le lavó los pies a todos ellos. Se los secó también. Jesús rompía muchas de las reglas sociales para enseñarle a los discípulos—y a nosotros—alguna cosa aquí y allá. Esta fue una lección de humildad.

Pero hay algo de teología también. Cuando Pedro (el “esmandao”) le dijo que le lavara las manos y la cabeza también, Jesús le contestó que el que está limpio sólo tiene que lavarse los pies.

Esto no era literal, porque estoy segura de que los apóstoles no se habían bañado minutos antes de entrar al aposento especial. Se refiere a que los que ya hemos sido “limpios con su sangre”, o sea, los que hemos aceptado su sacrificio de salvación, no necesitamos más limpieza. Sólo el polvo del camino ensuciará nuestros pies, pero siempre estará Jesús en el lavatorio esperando para lavarnoslos. Ese polvo del camino son los errores que cometemos, los pecados que arrastramos, las ataduras que aún nos controlan y los defectos que aún estamos en proceso de corregir. El sucio del camino que siempre estará allí.

Unos tendrán la oportunidad de tener mejor calzado—o sea herramientas para la santidad—y así evitar que los pies se ensucien mucho o se lastimen. Pero con o sin zapatos, con o sin chancletas, al final del día hay que “lavarse los pies”, o sea, arrepentirse de lo malo, reflexionar, conectarse más y más con Dios.

Por eso ¡qué bueno es saber que siempre habrá un Amigo que vendrá corriendo con la palangana y nos lavará los pies de todas esas cosas! El perdonador, el defensor, el que se hizo siervo para que fuéramos coherederos con Él. El que siempre le dará un *break* al que cree en Él y lo ama de corazón.